

una suerte de sabiduría instintiva, corporizada en la tradición de Federico el Grande, Lutero y Bismarck. La futura guerra mundial llama a la puerta, a pesar del pacifismo y de la Liga de las Naciones y aunque no se sepa quién la conducirá. Mann es renuente a aceptar el cambio, aunque acepte el fin: la era guillermina no ha terminado, porque nunca existió. Guillermo fue un emergente de Alemania, su expresión, y no fijó su cuño sobre ella, por eso es que hay plena continuidad entre un tiempo y otro. Por eso, también las potencias de la Entente alientan el imperialismo ruso para que se apodere de Alemania. El único obstáculo es el bolchevismo (13 de enero de 1919, pleno proceso revolucionario en Rusia).

Los matices apocalípticos vuelven en las anotaciones del 2 de mayo. Alemania desaparecerá bajo una doble invasión: los «lasquene-tes del capitalismo» occidental, que reducirán a los alemanes a la servidumbre, y las migraciones esteparias de los rusos, con su «catástrofe cultural». El nacionalismo, como siempre, es paranoico, y ve enemigos mortales por doquier, cuya única ocupación es destruir la patria sagrada. Es curioso el retrato del comunista bolchevique hecho ese mismo día:

... el tipo del judío ruso, conductor de un movimiento mundial, impulsiva mezcla del radicalismo intelectual hebreo y la inflamación cristiana de los esclavos.

La Alemania «burguesa-cultural», unida a la clase obrera, firmará la paz impuesta por los Aliados. Será el triunfo de la democracia y el terrorismo expresionista, ya un tanto desacreditado. Contra ella, la otra Alemania, la «espiritual-artística-cultural», deberá seguir la guerra. El 5 de mayo conversa con Bertram sobre la necesidad de organizar una suerte de frente cultural contra el «extremismo estático» (que nace de una suerte de éxtasis místico), contrario a la nacionalidad y aun peligroso para el mundo. La invasión rusa es más temida que la derrota a manos de los Aliados.

En las elecciones de 1920, Mann vota por el Partido del Pueblo Alemán, en la esperanza de que los «burgueses» se vayan del gobierno. En octubre, con Bertram y el historiador del arte Wölfflin planean fundar una *Sociedad Nietzsche* y replantear la unidad de Europa bajo la égida alemana, una suerte de cosmopolitismo germano continental.

Lamentablemente, los diarios en que, con toda seguridad, estaba documentada, minuciosamente, la evolución ideológica de Mann —tan estrechamente ligada, a su vez, con la composición de *La montaña mágica*, donde la conciencia burguesa posible del escritor se desplie-

ga en las discusiones de Naphta y Settembrini y el intento de síntesis de Hans Castorp— se han perdido. Sólo puede intuirse una línea. Por ejemplo, cuando el Emperador e Hindenburg (el héroe nacional caído en descrédito por la derrota militar) deben irse a Holanda, sin demasiadas ceremonias, Mann piensa en una síntesis posible: una república fuerte, tal vez bajo la mano de un personaje como el propio Hindenburg, una república social como alternativa a las plutocracias occidentales de modelo francés (12 de noviembre de 1918). El imperialismo burgués de los que imponen sus condiciones en la paz de Versalles, «demonios de la venganza», podría ser enfrentado por una nueva Alemania fuerte. Este detalle completa el cuadro de una ideología protonazi, ya diseñada en las *Consideraciones*. Lo que, muy posiblemente, haya apartado al escritor del camino hacia el nazismo haya sido ver cómo operaban los terroristas blancos y su propuesta de rebarbarización alemana, sobre todo a partir de las persecuciones contra los judíos y lo que ellas implicaban.

Los años pasan y los dioses de antaño se jubilan. Así en el diario del 2 de julio de 1933, ya en pleno exilio, cuando evoca al «heroico y resignado burgués tardío del siglo XIX» (que no es otro que él mismo, antes definido como «artista» frente al «literato» de las democracias burguesas). Ese día, conversando con Julius Mayer-Graefe, concluye que el deterioro del arte alemán coincide con la unidad nacional, en 1870, y la montante del militarismo feudal prusiano. Los tiempos prematuros de Leibl y Thoma redundan en la decadencia individual de cada artista y el «dulce imperialismo» guillermino produce a Boecklin y Wagner.

Son tiempos difíciles, propicios a las grandes creaciones intelectuales que den un intento de respuesta a la crisis. Años en que la intelligentsia burguesa parece haber encontrado a su filósofo: Oswald Spengler publica *La decadencia de Occidente* en 1919. Como las *Consideraciones*, es una obra de la guerra. Mann la lee con fruición. Se lee con fruición en ella, sin duda.

El 22 de junio de 1919 comenta:

Sigo adelante con Spengler. Muy bueno, pensamiento y corazón amplios. Pero escribe nietzscheanamente, aunque hable tan poco de Nietzsche (siempre con una óptica grandiosa). Sin el triunfo dionisíaco del pesimismo su libro sería imposible, y su forma de sobrehistoricismo es la propia «decadencia de Occidente», cuyo resto de ingenuidad, egocentrismo, actualidad mítica y ahistoricidad él disuelve y trata de imposibilitar. En este sentido, su obra pertenece a la decadencia de la Ilustración.

El día 25 insiste sobre el parentesco nietzscheano y subraya la identidad de tendencia con sus *Consideraciones*: en ambos textos hay la distinción radical entre cultura y civilización como uno de los dramas intelectuales de Occidente. Pero Spengler pretende ser científico y se ilusiona al respecto sobre su «colosal objetividad científica» (traduzcamos: la ideología habla por él sin que él se dé cuenta, como en el caso de Mann y su libro antedicho).

El 26 la impresión cambia de calidad. Mann ha terminado de leer la introducción y confiesa:

... tengo el creciente sentimiento de que ha hecho un gran hallazgo y que tal vez marque una época de mi vida. La manera como el problema de la historia es considerado un problema del tiempo alcanza el más espiritual sentido. Es notable que haya escrito la nueva escena de la pila bautismal en *La montaña mágica* antes de que el libro de Spengler cayera en mis manos.

Una anotación del 9 de julio define el libro como «novela intelectual de primer rango». El 13 discute algún matiz de la definición de Occidente:

Occidente como unidad en plena diferencia interna respecto a la antigua cultura es algo que no me gusta. La democracia y la apertura del oeste románico eran antirretóricas. Todo está sentido de un modo muy alemán; la cultura occidental, simplemente definida como «fáustica».

El 26 de febrero de 1920 vuelve Spengler en una nota sobre un diálogo con el pastor Merz. El futuro de Occidente es el resto del conflicto entre las antiguas culturas y los romanos. Ahora las masas serán regidas por un estamento superior de literatos, según un modelo oriental: los brahmanes sobre los fellahs.

Inmediatamente, se produce en Mann un cambio ideológico cardinal, del que da cuenta su estudio *Goethe y Tolstoi. Fragmentos sobre el problema de la humanidad* (1921 es la fecha de su primera redacción, luego ampliada para la edición en libro en *Bemühungen (Inquietudes)* de 1925). Esencialmente, la quiebra consiste en el paso de un pensamiento historicista romántico al universalismo de la primera Ilustración alemana, centrado en la figura abstracta del modelo humano, con una vertiente burguesa y otra aristocrática, históricamente condicionadas.

En 1924 se publica el artículo de Mann *Sobre la teoría de Spengler*, en que el distanciamiento ante el filósofo es muy claro. En principio, recoge y desarrolla una observación del diario:

Spengler rechaza ser un pesimista. Quiere que lo llamen optimista. Es fatalista. Pero su fatalismo, resumido en la frase «Debemos querer lo necesario o nada», está muy lejos de tener el carácter trágico-heroico de lo dionisiaco, en el cual Nietzsche situaba la oposición entre pesimismo y optimismo.

Spengler, en la lectura de Mann, mezcla elementos de irracionalidad a sus construcciones científicas. Invoca a los seres humanos llamados Goethe, Schopenhauer y Nietzsche, pero él es un derrotista de la humanidad. Esto se advierte en su teoría sobre la radical extrañeza entre las culturas, que no tienen un sujeto común (la humanidad, el hombre universal). No hay la cultura sino las culturas, y hasta debe hablarse de las matemáticas particulares y no de la matemática. Entonces Mann se pregunta: ¿Qué pasa con los chinos—con los seres humanos de la China—cuando muere la cultura china? El ejemplo puede multiplicarse y, en el subtexto, lo que el escritor se pregunta es qué pasa con los alemanes (como él mismo) cuando la Alemania guillermina ha muerto.

Mann se sitúa frente al «complicado y perverso» Spengler (en verdad, se sitúa frente a sí mismo, frente al autor superado de las *Consideraciones*).

Es un enemigo del espíritu, no en el sentido de la cultura, sino en el de la civilización materialista, cuyo reino es el ayer y no el mañana. Es su auténtico hijo, su último talento, y profetiza con pesimista impiedad, en la cual puede advertirse que se trata de un hombre conservador de la cultura.

La conclusión es dura: Spengler es un snob. Pero escribirá con términos aún más duros, motivados, sin duda, por el hecho de que Spengler, en los primeros tiempos del nazismo, haya sido asesor de Hitler o, al menos, su interlocutor (hasta que un día el colérico dictador lo expulsara de su despacho, diciéndole que se fuera en busca de su líder). En el diario del 1 de agosto de 1936, Mann jugará a las comparaciones zoológicas: Spengler ha hecho una antropología de bestias de rapiña, y se ha reservado la figura de la hiena, ya que no la del león. Su interés por la decadencia está copiado de Nietzsche y llevado al mundo vegetal, comparando la caída de Occidente con la de una especie de flora. Su desprecio por la libertad humana es falso, sigue Mann, para concluir que la muerte del filósofo es temprana, aunque—tal vez estas notas mejoren su imagen—ha ocurrido «en vergüenza y en pena». En verdad, avergonzado y apenado, había muerto años atrás, en la intimidad de Thomas Mann, un escritor guillermino y germanófilo llamado Thomas Mann.